

aquella que cree y que desea tener. Ciertó que la vanidad puede engañarle; pero el instinto corrige cautamente a la vanidad. Y así, de un modo general, puede decirse que los hombres y las mujeres que disminuyen su edad merecen, salvo algún pequeño error, que se les crea.

Es evidente que en esta rebelión contra la fe de bautismo toman las mujeres una parte mucho más importante que los hombres; y conviene no soslayarlo, porque demuestra la justificación del hecho que comentamos. La mujer tiene siempre menos años de los que dicen los puritanos de la cronología. Su vida—y esta es tal vez la principal característica de la feminidad—gasta por minuto mucho menos energía vital que la vida del hombre, independientemente del tipo de actividad a que una y otro se entreguen. Su metabolismo celular es esencialmente una función de ahorro, tanto como es dispendioso de vitalidad el metabolismo del varón. Así, pues, una de las desigualdades a que vive sometido el sexo débil es esta de que se le compute su edad con la misma medida que la del hombre. Los años sí son los mismos en un varón y en una mujer que nacieron en igual hora de un mismo día; pero su edad real es muy diferente. Esa mujer será siempre la hermana menor del hombre de sus mismos años. Y nada quiere decir en contra de esto el que ambos mueran aproximadamente a un tiempo. Precisamente el error de confundir la edad cronológica con la edad vital estriba en dar una importancia que no tiene al hecho de que ambas se igualan ante la muerte; cuando la duración de la vitalidad no tiene nada que ver con la vitalidad aislada de cada día. Un niño de 15 años es más joven que un hombre de 30, aunque éste llega a ser centenario y aquél se malogre de un accidente agudo poco tiempo después. La comparación es exacta, porque en realidad todas las mujeres se malogran. A las madres, les acorta la vida la maternidad. A las que no lo son, la anomalía, biológicamente monstruosa, de no serlo. A unas y otras, la razón suprema de que la feminidad es un proceso de duración limitada, inferior a la de la vida, tanto más desproporcionada respecto a ésta cuanto que ésta se dilata más; a diferencia de la virilidad del hombre, que termina, por larga que la vida sea, con el último instante de ella.

Sin divagar: los años no sirven para diagnosticar la juventud. Es, en la realidad, más joven el hombre que no lo es, pero que se lo cree, que el que no exhibe como documentación de su juventud más que el número reducido de sus primaveras. Ya es mal síntoma este de la exhibición; como saben bien los psicólogos, incluso los del café o los de cátedra oficial. De preferencia se ostenta aquello que tiene sólo una realidad externa. Con razón oímos cautelosamente al que clamorea demasiado su fortuna, su patriotismo, su vigor, etc. Con igual precaución debemos acoger al que pregona a voces: ¡tengo veinte, tengo veinticinco años! Casi siempre se trata de

Adquiera:

Teresa de la Parra: <i>Ifigenia</i>	6-00
Teresa de la Parra: <i>Memorias de Mamá Blanca</i>	5-00
Bertrand Russell: <i>Vieja y nueva moral sexual</i>	4-25
Th. Birt: <i>La cultura romana</i>	3-00
Cuentos de la <i>Edad Media</i>	3-50
Ben Jonson: <i>Volpone o El Zorro</i>	3-50
B. B. Lindsley: <i>Matrimonio de compañía</i>	7-00
A. Kuprin: <i>Yama 3 Vols</i>	6-50
Mahoma: <i>El Korán</i>	2-50

Interesan a los maestros:

Otto Lipmann: <i>Psicología para maestros</i>	5-50
Augusto Messer: <i>Filosofía y Educación</i>	4-25
R. Wickert: <i>Historia de la Pedagogía</i> ..	7-00
W. A. Lay: <i>Manual de Pedagogía</i>	5-50
Alfredo Adler: <i>La psicología individual y la Escuela</i>	3-50
Perrault: <i>Cuentos</i>	2-50
H. C. Morrison: <i>La práctica del método en la Enseñanza Secundaria</i>	3-50
Margarita Comas: <i>El método de proyectos en las escuelas urbanas</i>	3-50
R. Dottrens: <i>La nueva educación en Austria</i>	3-50
D. Barnés: <i>La educación de la adolescencia</i>	3-50
G. Kerschersteiner: <i>La enseñanza científico-natural</i>	3-50

Solicítelos al ADR. del Rep. Am.

gentes que buscan la sombra de «la juventud» o «la generación» para realizar con valores comunes su exhausta personalidad: no de otra suerte que el comerciante que al ofrecernos una tela nos dice «es inglesa», con la intención segura de que el adjetivo consagrado nos induzca a olvidar el examen del género. Por eso decía certeramente uno de nuestros jóvenes actuales—que lo es por los años y por la auténtica juventud—que ya era hora de que los jóvenes españoles empezasen a dejar de serlo. Sólo así su individualidad saldrá—si puede—de la masa fecunda, pero de fecundidad transitoria, de la generación, para adquirir la eficacia perdurable de la propia e independiente personalidad.

Lo que caracteriza a la juventud es, pues, esa capacidad de comprensión de las cosas que antes no se comprendían y que hay, desde luego, que comprender antes de que la experiencia nos las haga, a jóvenes y a viejos, comprender a la fuerza. Esto nos ilustra sobre la fuerte relación de la juventud verdadera, esto es, comprensiva, con una cualidad determinada del alma que es la imaginación. La imaginación es precisa, y no la inteligencia, para ese acto de comprender de antemano el fenómeno recién aparecido en la tierra, que en el resto de los hombres despierta la animadversión de todo aquello que perturba el orden establecido. Ahora bien, la imaginación es una facultad esencialmente juvenil; por eso los jóvenes, de todas las edades, son aquellos que comprenden; y el comprender es, a su vez, la señal inequívoca de la juventud.

Esto liga también a la auténtica juventud con una actitud social y política determinada. El joven verdadero, el que comprende, tiene que ser necesariamente

avanzado, porque su comprensión le lleva a aceptar realidades futuras que están todavía en pugna con las realidades presentes de las que vive el conservador y sin las que le parece que no puede vivir. Lo que demuestra la profunda verdad con que Ortega y Gasset decía no hace mucho tiempo, que tal vez el ser conservador es una actitud (cuando no es interesada), ligada radicalmente con un defecto psíquico, que es la falta de imaginación.

Los hombres podrían, con arreglo a este criterio, dividirse en varias edades eficaces, que tienen poco que ver con las que se miden por los años. Jóvenes son los que comprenden en el sentido expuesto. Su coincidencia con la juventud cronológica depende sólo de que la imaginación necesaria para esta comprensión es más común y está más desarrollada en los primeros años de la vida. Pero puede existir en toda ella. Y así, los hombres que comprenden el futuro inexperimentado durante todas las etapas de su existencia, son eternamente jóvenes. Por esta comprensión del porvenir el joven no tiene miedo a la ruina del presente, que enloquece al conservador, falto de visión futura. De aquí el que las revoluciones—en todos sus sentidos, en el político, en el moral, en el artístico—las hagan los jóvenes verdaderos que, por serlo, son necesariamente avanzados, y que pueden tener cualquier edad.

Hay otro grupo de hombres incapaces de comprender el futuro, pero incapaces también de adoptar ante él una actitud sistemáticamente hostil. Estos son los que miran la vida y sus contingencias futuras «con curiosidad», virtud inteligente de la edad media; virtud que es como una puerta abierta para la comprensión, pero que muchas veces no se traspone.

Por fin, el que no comprende ni se interesa; el que ante lo nuevo y lo futuro vuelve hoscamente las espaldas; el que cree que el mundo termina con su verdad y con su orden de las cosas; el conservador por instinto, es el viejo verdadero, el biológico que, como es bien sabido, puede tener muy pocos años.

Ahora el mundo está lleno de hombres—y, lo que es mejor aun, de mujeres—que lo comprenden todo. Es inútil preguntarles la edad ni mirarles, como hacen las gentes impertinentes e ignorantes, las presuntas canas. Basta que comprendan para que sean jóvenes. La política clásica, la moral clásica, el arte clásico crujen como los cascos de los viejos navíos antes de hundirse para siempre. El conservador incomprensivo se tapa los ojos con horror. Pero la mirada aguda de los otros, de los que ven a lo lejos, sabe que el mundo no se acabará en este naufragio, porque en un arca imprevista perdura siempre la semilla necesaria para que el pasado se enlace con el futuro a través de un germen eficaz—una idea—mientras se ahogan el convencionalismo, la retórica la mentira...

Gregorio Marañón

Madrid, Septiembre de 1930.